

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

FILMANDO CON LAS HELICES

DESPUES de kilómetros y kilómetros recorridos en avión, al llegar a Asia nos encontramos a la mesa con los mejores amigos de la cocina indoamericana: las especias y los ajíes. Aparece, además, nuevamente el maíz en forma de pan que acompaña las comidas y también en forma de manjar en sí, de manjares parecidos a los tamales o ayacas, a la mazamorra, a la humita, y como glorioso remate a este friso culinario asoman las frutas americanas en todo su sabor. Igual que si no nos hubiéramos movido de los paralelos tropicales. ¿Americanas o asiáticas? ¡ah! ¡ah! Hay para dudar. En todo su sabor, perfume y colorido los espléndidos mangos, las doradas guayabas, las granadas de sangre destilante, los chicozapotes, las bananas, los guineos, las papayas...

Pero no adelantemos el banquete, volvamos a las cocinas orientales. Es realmente turbadora la similitud de la mayoría de sus platos con la cocina de los países de América, de México a la Argentina, similitud que crece en la proporción en que, en esos países hay indígenas. La similitud es más bien con la cocina indígena. Habría que emprender, pues sería muy ilustrativo, un estudio minucioso de esta cuestión. El uso y abuso de las especias y los ajíes o chiles picantes en la comida, métodos y formas de cocción, presentación y todo lo atinente a los otros condimentos, así como las épocas en que se acostumbra a servirlos y la manera de tomarlos. Un ejemplo bastaría para probar sobradamente esta similitud de gustos entre indígenas americanos y asiáticos, pero podrían darse muchos. En Cantón, en los mercados de Cantón, en China, venden ají colorado en polvo. Igual que en cualquier mercado de México o Guatemala. Indagamos cómo lo toman los chinos, y nos dicen que son los campesinos los que lo consumen, y que se sirven de él deshaciéndolo en agua

COCINAS ORIENTALES

caliente, bebiéndolo después a sorbos acompañados con panes de maíz o de arroz. Exactamente lo que hacen los indios guatemaltecos cuando se detienen en los caminos, ponen por tierra sus cargamentos, encienden sus fuegos, ponen por tierra sus ajíes, y al par que acercan al fuego reclinado el jarro de café, las tortillas o tamales de maíz, callentan el agua para deshacer el polvo rojo que llevan en su bastimento, polvo de ají que, disuelto en agua hirviendo, se van tragando con pedacitos de tortilla tostada. Es exactamente igual. ¿Quién enseñó a quién?

El ají aparece en todas sus formas, en ensaladas, en salsas, en cueros, como decía alguien ante los ajíes mundos y lirondos servidos para comerlos al mascón, sin sal ni vinagre, a como de lugar, para arderse el gallo y enlagramarse los ojos, fuera del moqueo y el pataleo. Pues, eso sí, con estos ajíes o chiles muy, muy picantes, se tiene derecho a la lágrima y al pataleo. El uso y abuso de las especias, como decíamos antes, es también muy parecido. Los clavos de olor pululan en las comidas, así como la canela en las confituras, y los vendedores de estos productos mágicos están siempre rodeados de compradores a quienes se hace agua la boca en viendo una pimienta negra y gorda, como sólo las hay en Chiapas, o unas ramitas de mostaza, aún amarillo-cobrizo, o un dedo de alguna caña que más que vegetal antoja hueso milenario. El ají, las especias, las frutas, las verduras de estos paradójicamente lejanos países, nos devuelven a la memoria olfativa, táctil y palatativa de nuestra niñez y juventud, cuando correteábamos por entre los huertos apaleando los árboles frutales, tomando los rabanitos por las hojas, quemándonos en la alegría de las siestas acompañadas con agua de coco.

¿Por qué olvidar, ahora que hemos tomado un coco, en Jaipur, la ciudad rosada de la India, que el mundo es redondo? Esto nos desvelaría todo el misterio. Si el mundo es redondo, nosotros en lugar de alejarnos nos hemos aproximado a América, viajando en esa dirección, y por eso es que decíamos que paradójicamente estábamos más lejos.

Capítulo aparte necesitan los guisos a base de judías o frijoles. Vuelve a aparecer el «frijol», compañero americano inseparable del maíz, y se cocina con oreja de cerdo, abundante grasa y mucho ají, caldillo que acompaña casi siempre una especie de cecina o charqui en la cocina hindú, lo que no recordamos sin la presencia sustantiva del «Curry», que en nuestros países no se usa. Y para que nada falte, el tomate se sirve soasado, medio deshecho en caldillos muy parecidos a los famosos «chirmoles». Y la cebolla, y el perejil, y el ajo, todos concurren a negarnos la geografía, y a situarnos a miles de millas más hacia donde nace el sol, ya en nuestros países. ¿Nos hemos desplazado inútilmente? Lo único que ha cambiado es que aquí estas comidas se toman con palillos, o que las engullen personas con turbantes. El mundo es redondo, el mundo es redondo. Lo único que no encontramos, la única amistad que no tuvimos el gusto de saborear, fue el aguacate o palta. ¿Qué pasa? ¿Por qué si se dan todos los frutos americanos en Asia, no se cultiva el aguacate? Y si que nos hizo falta hallarlo, pues nos formamos tal vez una idea errónea de Asia, la idea de una América sin aguacates. Y hasta aquí, por hoy, con las cocinas orientales.

Miguel Angel ASTURIAS

DISTANCIAS

YO, en el apuro de encontrar mejores palabras para formular el problema, me atrevería a sugerir esta referencia: ¿hay entre Virgilio y Kafka, o entre Safo y Robbe-Grillet, la «misma» distancia que pondríamos entre el arado romano y los artefactos de la cosmonáutica? Desde luego, la mención de Kafka, difunto ya en 1924, podría parecer desplazada; pero muchos de sus exégetas le atribuyen una especie de don de profecía, y sus libros pasan por ser una fascinada premonición de las alienaciones que nos acogotan casi medio siglo después. Y que nadie se llame a engaño; las últimas «revoluciones» que se han producido en el ámbito de eso que llamamos «literatura», se produjeron por entonces: en la época en que Kafka escribía, y que escribía Joyce, y cuando André Breton y sus amigos inventaban el surrealismo, y todo lo demás. Las cosas sobrevenidas con el tiempo, y cito a Robbe-Grillet por mera rutina maquina, apenas significan nada nuevo. El «nouveau roman» fue una pequeña tintorería francesa a la ninguna importancia, o con la única importancia de ser «francesa»: el royalty danés, ucraniano e incluso yanqui, habría sido bastante menos «abonado» en estas latitudes. Sin embargo, pongamos Robbe-Grillet, o lo que ustedes gusten: el «último» poeta, novelista o dramaturgo de cualquier extracción nacional, de aquí o de allá. ¿La misma «distancia», digo?

No, por supuesto. Entré Virgilio y Kafka, y entre Safo y la «moda» literaria más reciente, existe una rigurosa, estrechísima vecindad. La «diferencia» es grande, sin duda; pero no tanto como parece. No olvidemos que —si a tanto llega— se perfila dentro de una tradición donde el principio del «nihil novum sub sole» constituye una evidencia abrupta. Todo tiene su «precedente». Y no por lo que suponen los eruditos dedicados a rastrear semejanzas, afinidades y fuentes. Pecaríamos de ingenuos, y valga el detalle, si, ante el espectáculo lírico-gráfico de los caligramas de Guillaume Apollinaire, denunciásemos el precedente de tal o cual ejemplar de la poesía helenística. Algún lo ha hecho: al-

UNA EXPECTATIVA DUDOSA

guien que sabía minucias de la literatura griega. Y no era este el caso de Apollinaire, claro está; como tampoco lo era el del señor Junoy, y el de algún otro paisano nuestro, letrado y catalanoescribiente, que se dedicó a confeccionar serpentinatas verbales, dibujadas y expresivas, mucho antes que el poeta de París. Ni Apollinaire, ni Junoy, ni los demás —mi memoria es débil, pero creo que Noguera Olier se «avanzó» a ambos—, tenían la menor idea de lo que, en su remoto día, hicieron los versificadores que, en Alejandría o Dios sabe dónde, inscribían sus poemas en adornos de ánforas y cántaros. Los saligramas contemporáneos eran unos analfabetos certificados, y «reiventaban» a ciegas.

Sin saberlo, ni desearlo, coincidían. Y no sólo ellos. Todo lo que es artilugio verbal, confección de palabras, poesía, novela, metafísica, teatro, queda integrado en un ámbito de posibilidades relativamente determinadas, y no ha de sorprendernos que, de vez en cuando, y con centuras de por medio, «parezca» que se repitan. Nunca faltará un detective académico que, en su tesis doctoral, puntualice las «coincidencias». Las explicará con razones históricas, de ambiente, de relación cultural, o de parentesco étnico. Esto es lo de menos. Por mucho que se alague por este lado, uno se siente inclinado a otras sospechas. A otra: el área dentro de la cual se mueve el manipulador de palabras es reducido, y resulta bastante comprensible que, hasta en los momentos de máxima exasperación fantasiosa o ingeniosa, la consecuencia acabe siendo «similar» a algún «precedente». Nada hay nuevo bajo el sol. Ignoro si le han detectado precursores a Joyce o a Kafka, pero nunca se sabe, y una rama ilustre de la investigación de cátedra se dedica precisamente a eso, a averiguar los «origenes», esto es, la tradición, de cualquier impertinencia que se presente como «originalidad». Y lo curioso es que casi siempre se averigua lo que se pretende averiguar.

Lo de menos es si Virgilio o Safo, o el Petrarca o Shakespeare, o la Cábala o santo Tomás de Aquino. La coherencia interior se manifiesta

fiesta clara. Cuestión aparte sería la del alcance o el signo que cada obra consiga en su circunstancia estricta. No trato ahora de ocultar ni siquiera de minimizar factores tan obvios y tan activos como... Bien: espero que se me entienda si me remito a Brecht. Bertold Brecht es, para mí, un dramaturgo del tamaño de Shakespeare. O poco menos. Le sitúo muy por encima, no digo ya de Lope o de Racine, sino también de Ibsen, de Goethe y de los libretistas de Puccini, que considero como monumentos del género. Afirma la genial entidad de Brecht, añadiré que Brecht tampoco fue un gran «innovador». Fue un Shakespeare más —gracias a Dios—, y en eso se queda. Sus implicaciones políticas funcionan a otro nivel. Son decisivas. Como lo son, en el polo opuesto, las del no menos sugestivo pero terriblemente reaccionario monsieur Ionesco. Cada cual va a lo suyo. Pero mi reflexión, ahora, va por caminos muy diferentes.

Vuelvo al arado romano. En sus trámites diarios, la inmensa mayoría de la población del globo —da risa escribir «globo» en este sentido— apenas ha logrado salir del estadio de las «Georgias». Hablamos habitualmente de Neocapitalismo y de cosas igualmente esplendorosas. Sólo que, en realidad, no nos fijamos en el traumático giro que encarnan. El arado, la teja, las sopas, el pan, el martillo, el aceite, la palanca, el sol, la mano —la mano como «instrumento» absoluto—, las plantas, la lluvia, han sido durante milenios la base de la estructura económica de nuestra vida. O sea: de nuestra subsistencia. Lo han sido hasta ayer mismo. Lo siguen siendo en amplias zonas del «globo». Si Séneca o Budha, o santo Domingo de Guzmán, pudiesen volver a transitar por estos andurriales, todavía podrían encontrar muchos kilómetros cuadrados idénticos a los de sus respectivas épocas. Esto es cierto. Pero no lo es menos, lo es más, el hecho de que eso se termina: que un «sputnik» o un «apolo» navegan por el vacío imaginable. La «otra sociedad» se impone. Y esa sociedad, en sus medios de conocimiento y en sus medios de producción, no tiene nada que

ver con el arado y la teja romanos. Ahí voy a parar. Entre Virgilio y Kafka o Quiénesa hay una continuidad: entre el labriego o el pastor del «idilio», o el artesano correspondiente, y el «ciudadano» sometido a la informática y a la televisión, hay, por el contrario, una solución de continuidad. Una ruptura. O me lo parece a mí.

Estoy hablando de literatura, desde luego. No de música, ni de pintura, ni de escultura. En el saco de la «literatura» meto a los filósofos y a los historiadores: a todos los que «juegan» con las palabras. Y a los sociólogos. Y hasta a los mismísimos economistas. Toda esta ilustre población intelectual —filósofos, historiadores, sociólogos, economistas— funciona a base de datos y de labia, en proporciones variables, pura labia los filósofos, más datos los historiadores, más o menos los sociólogos (cuando son serios, que no es lo frecuente), y bastantes más los economistas, por la cuenta que les tiene. El hecho es que todos ellos, en la medida en que se aferran a la «palabra», permanecen en la reata «tradicional». El pintor llega al extremo de Tápies —por si un Miró o un Pollock parecen poco—, y el músico puede embarcarse en tentativas en las que el venerable solfeo, y sus instrumentos, y sus voces, y los demás, abdican. La escultura, más tímida, se debate en el mismo trance. Pero las letras... La «literatura» sigue haciendo lo que hacía cuando Virgilio se encandilaba con los caramillos de sus «églogas». O haciendo lo que hacía cuando Shakespeare o cuando Balzac o Tolstol fabricaban sus folletines. Nuestra tentación es suponer que el «folletín» es eterno. Quizá sí. En parte, en buena parte, sí: lo es. Pero ¿no será también que la «palabra» es la más primitiva de las «herramientas» —de los «medios de actuar»— con que cuenta el hombre, y de la que no puede prescindir? La palabra es bastante más antigua que el arado de mulas... ¿Y...?

Joan FUSTER

VACACIONES CON UNIRUTAS

Días	Ptas.	Días	Ptas.
2 1/2, 3, 4	Andorra, desde 1.500	9	Fátima - Lisboa 8.500
2 1/2, 3	Monasterio Piedra 2.050	10	G. Cto. Suiza 10.800
2 1/2, 3	Benidorm 2.050	11	Benelux 13.250
4	Andorra - Lourdes 2.950	11	Alemania Romántica 12.950
5	Pirineo Aragonés 3.380	11	París - Loire 10.250
5	Costa Azul 5.600	12	G. Cto. Edelweis 14.600
5	Costa Blanca 3.900	12	4 Suizas - Mont-Blanc 12.250
5	Jalón - Granada 4.500	12	Costa del Sol 9.500
5	Picos de Europa 4.290	12	Portugal - Galicia 11.500
6	Ruta - Pirineos 4.300	13	Italia Clásica 12.900
6	Cornisa Cantábrica 4.900	15	G. Cto. Europeo 19.700
7	Navarra - Cantábrica 4.600	15	G. Cto. Italia 14.950
8	Vacaciones Broto 4.400	17	Praga - Viena - Budapest 20.500
8	París 5.950	17	Londres - Escocia 21.800
9	Galicia 7.900	19	Escandinavia 27.350

VACACIONES de 8, 11, 12 y 15 días en el Valle de Arán, desde 3.975 ptas.

SOLICITE FOLLETO EN SU AGENCIA DE VIAJES

Puto. Viajes colectivos agencia Grupo A - Título 14



STA. PERPETUA DE MOGUDA (Barcelona)
Teléf. 31928 12-16-62-66

NUEVOS PRECIOS

Compruebe esta verdadera
reducción de precios
en nuestras Palas
Cargadoras de cadenas.

Modelo 951 (Cucharón; 1'15 m³):
1.937.720.- pts.

Modelo 941 (Cucharón; 1'08 m³):
1.656.600.- pts.



8 % MENOS

AVISO

Hostal Residencia Mundial. Coso, n.º 11, Manresa, comunica a su distinguida clientela que, por defunción de su propietaria, doña Josefa Calvet Rebollada, se ha hecho cargo del mismo su hija, doña Ramona Biosca Calvet.

¡ATENCIÓN, ESTUDIANTES!

(Ambos sexos)

4.º, 5.º y 6.º — BACHILLERATO — C. O. U. y REVALIDAS

CENTRO DE ESTUDIOS

CONCEDE BECAS

Teléfono 221-13-69, de 5 a 8

Lunes, Martes y Miércoles

Bunti



REBAJAS

Avda. JOSE ANTONIO, 634
Avda. GRALMO. FRANCO, 506
Barcelona